

LEVANTA
COMO NIÑA:

LA HISTORIA DE
N E I S I
D A J O M E S

ÁLVARO ALEMÁN

Levanta como niña: la historia de Neisi Dajomes

©Álvaro Alemán, 2021

Quito: Marathon/El Fakir, 2021

136 páginas, Colección Bios

Primera edición: Quito, septiembre 2021

Diseño y diagramación: Ricardo Vásquez/Edwin Fuentes

Edición: Gabriela Alemán

Investigación/redacción: Salenka Chinchin y Valeri Mogollón

Corrección de texto: Paulina Rodríguez

Corrección de fotos: Pamela Miño

Foto de portada: AFP

Foto Dajomey: Alamy Limited

Foto página 5: El Telégrafo/John W. Guevara

Fotos en el cuerpo del libro: archivo personal de Neisi Dajomes

Logo Neisi: Lía Alemán

ISBN 978-9942-8562-1-0

Impreso en V&M Gráficas, Ecuador

Tiraje: 6 mil ejemplares

Ediciones El Fakir

Olmedo oe2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito

www.elfakirediciones.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

LEVANTA
COMO NIÑA:
LA HISTORIA DE
NEISI DAJOMES



ÁLVARO ALEMÁN

el fakir

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN

Conocí a Álvaro Alemán en el año 2011. Vino a la Shell como amigo de Walter y José Llerena y con el paso de los años fue un apoyo para mi proceso de entrenamiento. Álvaro ha seguido mi carrera de cerca y de esa manera conoce a todas las personas y los sucesos de mi camino hacia Tokio 2020. Desde hace muchos años me propuso escribir mi biografía, y, pues, aquí está, para que se conozca un poco más de cómo ha sido mi vida.

Este libro va en honor de mis dos ángeles, mi mamá y hermano, que me dieron fuerza y estuvieron en mis pensamientos para conseguir este gran logro.

Neisi Dajomes Palacios
Quito, agosto 2021

PRÓLOGO

HACER GANCHO EN EL ARRANQUE

Conocí a Neisi hacia finales de 2011 en Shell-Mera, un poblado pequeño que se extiende desde la planicie de la vía al Puyo hacia las faldas de los montes nublados. Desde su parroquia se escucha como susurros el bramar portentoso del río Pastaza. La avenida central corre paralela a un par de pistas de aterrizaje que hoy alojan una escuela de pilotaje de avionetas.

Llegué junto a mi ahijado Yasin Vernaza a la Shell, que es como los lugareños llaman al poblado. Diego Crespo, mi gran amigo y especialista en la ciencia del ejercicio, había recomendado que contactara a José Llerena, expesista ecuatoriano, para robustecer la figura de Yasin. Una beca deportiva a una universidad de Estados Unidos estaba en juego para mi ahijado y yo quería asegurarme de que sacara el mayor provecho de esa visita. José ya había iniciado su preparación en Quito y las mejoras eran evidentes; para el fin de año nos propuso hacer una base de entrenamiento en Shell-Mera para acelerar el proceso de consolidación de su masa muscular y mi iniciación en las pesas. Por espacio de una semana, haríamos largas sesiones de preparación con pesas, en dos jornadas diarias, junto a los jóvenes deportistas practicantes de levantamiento olímpico que entrenaban en el gimnasio. En el tiempo libre haríamos la vida de los pesistas locales.

El plan nos puso frente a frente con Neisi Patricia Dajomes desde el primer día. Entrenamos en el mismo gimnasio y realizamos las mismas repeticiones, series y ejercicios, rodeados por un nutrido grupo de jóvenes de ambos sexos, empeñados en cumplir el programa que nos había asignado José y su hermano Walter.

Le decían la Pato, debido a su segundo nombre, y alguna vez, después del entrenamiento, intercambiamos palabras sin poder comunicarnos. Entre ambos se interponía una distancia geográfica y generacional. ¿Qué podíamos aprender el uno del otro por medio del trueque de lugares comunes o cumplidos?

Cuando decidí ir a la Shell mi aspiración era participar en la formación educativa de Neisi y otros jóvenes. Pero es imposible establecer un verdadero diálogo en la ausencia de afinidad electiva, de un acercamiento voluntario. Mis años como profesor y padre me habían convencido de eso. De modo que opté por retomar nuestra conversación, días más tarde, donde sabía que me escucharía: el gimnasio.

Durante el entrenamiento nos encontramos en plataformas adyacentes y pedí a Neisi instrucciones sobre su técnica y la realización correcta de los ejercicios. Yo empecé a practicar halterofilia más allá de los cuarenta años, con una historia de lesiones crónicas debidas al básquet. Me costaba... y, por ello, en lugar de interrogar y afirmar, la escuché. Mi principal dificultad era el *arranque*, donde Neisi sobresalía. El arranque es una de las dos modalidades del levantamiento de pesas y la más técnica y difícil. Consiste en sostener la barra con una toma ancha, más abierta que los hombros de la levantadora y en un solo movimiento y, sin pausa, jalar la barra de forma explosiva para que pase del suelo a encima de la cabeza en menos de un segundo. En el caso de un deportista de élite, como Neisi, el promedio de tiempo de duración del arranque es 1.2 segundos. Más allá de la fuerza requerida, el arranque precisa gran flexibilidad y equilibrio. La mayor parte de las lesiones en la halterofilia son el resultado de deficiencias en la técnica del arranque. Cada vez que yo me aproximaba a los benditos cincuenta kilos o jalaba un peso mayor, el movimiento quedaba trunco. En una ocasión, y después de uno de mis movimientos fallidos, ella se acercó

y me enseñó un truco. “Cuando sostiene la barra en arranque”, me dijo, sin condescendencia alguna, “meta el pulgar debajo de los demás dedos, así los brazos ya no jalan y puede dar lo que quiera”. Ella no estaba segura de que yo había entendido. “Haga gancho con el pulgar”, me dijo entonces, mientras demostraba con perfecta gracia el movimiento.

Seguí su instrucción y coloqué los dedos como me dijo. Me sentía extraño e incómodo, pero tenía frente a mí a una maestra que me ponía a prueba. Jalé con fuerza... y, para mi sorpresa, la barra siguió la trayectoria correcta: primero pegada al cuerpo, luego encima de mi cabeza. Era la primera vez que acertaba con un peso mayor, mi alegría era evidente y ella la compartió. Sonrió y me dijo: “Ya ve, hay que hacer gancho en el arranque”.

No puedo decir a ciencia cierta si ese fue el momento en que iniciamos una verdadera conversación al margen de todo lo que nos separa. El hecho es que adaptarme a ese período fue más sencillo con su instrucción y, en algún momento, Neisi depositó también en mí su confianza.

Han pasado diez años desde entonces. Durante ese tiempo he colaborado en el proyecto que iniciaron Walter y Neisi como he podido. He levantado dineros, llevado cuentas, fungido como agente de viajes y concertador de citas. He servido de consejero, prestamista, conspirador, cronista, confidente y siempre, siempre, he sido admirador de Neisi. La he visto crecer, reír, llorar, jugar, competir, enfurecerse y bailar, la he visto caer en desmayo. Nunca la he visto rendirse.

Siempre me intrigó la historia de las Dajomey de África, un reino marcial legendario que vivió su esplendor entre los siglos XVII y XIX. Cuando escuché el apellido de Neisi por primera vez, fue imposible no imaginar una conexión entre ella y las guerreras. En la obra de Stanley Alpern, un historiador de la llamada Esparta negra, pude investigar sobre esa élite de mujeres guerreras y concluir que el apellido Dajomes, tan fonéticamente próximo a Dajomey, acerca a Neisi a las antiguas habitantes de Benin, en la costa occidental del continente africano. Al ver su tesón y conocerla más, fue inevitable hacer todavía otra conexión, esta vez con las Amazonas. Recordemos que cuando Francisco de Orellana navegó el Marañón, en busca

de Eldorado en la región amazónica, reportó su sorpresa al observar en las orillas del poderoso río grupos de mujeres armadas para la guerra.

He sido un observador privilegiado, un seguidor que tuvo la fortuna de ver de cerca el asalto de Neisi al olimpo y recibir su aprobación para esta iniciativa.

Lo que sigue es mi intento de contar su historia.

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN

1

DE CÓMO NACER BAJANDO LAS GRADAS Y NAVEGAR RÍO ABAJO

*Las huellas de las personas que
caminaron juntas nunca se borran.*

Proverbio del Kongo

Instalados en un cómodo sillón en casa de Angie Palacios, y luego de varios meses de buscar una entrevista con el patriarca del clan Palacios Dajomes, nos dispusimos a hablar sobre el pasado. Juntos vimos en tres pantallas de televisor la ascensión de Neisi a la gloria olímpica en la Concentración Deportiva de Pichincha (CDP), pero solo días más tarde, eufóricos aún, conversamos.

Teófilo es un hombre elocuente y un narrador nato, sus palabras flotan como canoas que rebosan de orgullo por la corriente que acoge sus historias vividas hace más de veinte años y las de los logros de sus hijas. Sus orígenes conectan, además, con la honda veta de la tradición oral afro-colombo-ecuatoriana de la *décima*, forma poética traída de España a inicios de la Colonia (diez versos en rima de ocho sílabas cada uno), adaptada a las vivencias de los habitantes del Pacífico norte de América del Sur.

Lo que sigue es una versión libre de nuestra conversación.



Mi nombre es Teófilo Tomás Palacios Cortés, mi padre se llamaba Tomás Erminsum Palacios y mi madre Rosa Sabina Cortés. Eran de Barbacoas, en Nariño. Ambos eran mineros del río Telembí. No conocí a mis abuelos, pero sé que mi abuela se llamaba Amelia Angulo. Yo nací en el departamento de Nariño, cerca del río Payán, en 1969.

Mi papá era poemático, sabía hacer coplas, pero yo no aprendí. De cualquier suceso o fracaso, sacaba una copla. Él solito, en su cama, salía de trabajar y se acostaba a pensar, y ahí se ponía a estudiar de todo. Cuando uno lo oía, él relataba todo lo que había pasado, lo que había vivido o escuchado; era como un periódico ambulante. Sí.

Una de las coplas que hizo mi papá era sobre un señor que mató a su hermana, Marina se llamaba la finada, por llevarse un racimito de verde, un orito, o *pimienta* o *chiro* como lo llamaban por allá:

Terrible dolor y espanto.
pesar para la familia
de Gumercindo Tenorio,
que ha matado a la Marina
Pero nadie se imagina
la causa de aquel error
que ha pensado este señor
Como un loco que no piensa,
de matar a la hermanita,
por dos gabos de pimienta.

Este tenencia pimienta
pero no le iba a dar uso
Se lo iba a vender
a don Moisés Bailencucho
Pero el hombre se interpuso
cuando fue y no lo encontró,
a nadie le preguntó,
si no aviolentó sus pasos
y encontrando a la hermanita,
le metió unos garrotazos.

*Le decían Moisés
Bailencucho porque
siempre andaba
bailando por ahí en
algún rincón*

Le dio palo y topón
hasta que en tierra cayó
después en el suelo,
otros palazos le dio
Ahí en tierra la dejó
con su gesto de imudad,
su cuerpo bien estropeado
y trastornada su ciencia,
Y al fin recibió su castigo
y no se comió los pimientos.

*Porque la señora no
había alcanzado a
cocinar los pimientos
cuando llegó el
hermano*

De niño recuerdo que hacía travesuras por el río, comía gallinas sin permiso y jugaba con mis hermanos en el valle caliente. Éramos dieciséis hermanos vivos, todos están regados, tengo una hermana en España y yo estoy entre los últimos de la manada. También recuerdo que cuando se acabó la mina mi padre tenía un puesto en el mercado, donde vendía verduras. A los catorce años fui siguiendo a mi hermano mayor, Argelio Palacios, a Tumaco, ahí podía estudiar y trabajaba también con la familia. Más tarde me fui con otro hermano, Luis Alfonso, que se había establecido en el Caquetá, donde tenía una finca, cerca del río San Miguel, donde sembraba y cosechaba maíz y yuca, que se daba bien, esa tierra era muy buena. Viví ahí hasta que cumplí unos veinticuatro años.

Era una vida esforzada pero también nos gustaba divertirnos. Bajábamos en canoa de canaleta por el río hasta una pequeña casa donde vendían abastos, también ron y brandi. Era una familia conocida, Teodoro Biojó y Matilde Quiñonez. Los dos habían acogido a quien fue mi mujer, Orfelina Dajomes Barrera y a quienes muchos conocían como Sandra. Ahí nos sentábamos a veces a conversar y a hacer música. Ella tenía dieciocho años cuando la conocí, y nos juntamos.

Por ahí adentro se escuchaban a veces cosas extrañas, de aparecidos. Esas cosas raras yo había escuchado, aunque no las vi yo mismo. Los viejos antes conocían cosas mágicas, de alguien que peleaba y desaparecía, pura magia. Antes se daban de golpes, ahora uno insulta y le devuelven bala, pero así eran las cosas antes.

Así vivimos en el Caquetá, donde nació Luisa y luego Javier. Luisa, que era hija de Orfelina, ya era niña por entonces. Y pues teníamos una casita, cerca de un bajante del río que se unía al San Miguel. Vivíamos apartados. De noche se escuchaba el sonido de las metralletas de la guerrilla que ocupaba el lugar. A veces veíamos a los aviones que volaban encima de la zona, lanzando carga de glifosato para matar la planta de coca. Pero la gente era pilas y se organizaba para ir tras el paso del avión con agua y jabón. Eso echaban sobre las plantas, porque aprendieron que, si lo hacían rápido, la planta decaía sin morir. Aunque las plantas y las personas se enfermaban también por eso. Por las noches se escuchaban explosiones a lo lejos y siempre el sonido de la metralla. A mí me dio miedo de que un día viniera el ejército, aunque todo el lugar estaba tomado por la guerrilla, y, viéndome ahí junto a ellos, ¿qué iban a pensar? Creer que yo era parte de ellos, pues. Así que decidí marcharme.

Antes de eso, mi hermano Luis había salido ya del territorio. El río tuvo una crecida y se llevó todo: su finca, sus sembríos, y ya no quedó nada. Mi finca estaba más retirada, y no me afectó, pero el peligro estaba siempre cerca. Mi hermano se fue cerca de la frontera, a un lugar que se llama San Miguel, y ahí empezó de nuevo. Una pequeña casa y a hacer la vida. La guerrilla estaba más alejada, tal vez por la frontera, y pues, nos fuimos para allá. Yo empecé a ganarme la vida comprando y vendiendo gasolina.

Cruzaba al lado ecuatoriano, a un sitio llamado Puerto Ecuador, y llenaba unos tambores, los traía de regreso con un amigo y vendíamos por partes a las lanchas, a las motosierras, a los que necesitaban. Y así lograba apenas el dinero para sostener a la familia.

Pero la frontera era jodida, ahí estaban los *paracos*. Un día llegó a mi casa uno al que le decían el compa Omar y me dice:

—¿Qué vende?

Muy bien sabía, porque allá todos saben lo de los demás muy bien.

—¿A quién paga impuesto?

Y yo le dije que a nadie, que yo me ganaba la vida de esta manera, que es lo que podía hacer para vivir y me dijo:

—¿Cuánto es la ganancia?

Le dije y me respondió:

—Tiene que pagar impuesto o, si no, no vende.

Yo quise explicarle que lo que ganaba no me alcanzaba ni para sostenernos nosotros, pero me dijo que, si quería seguir vendiendo gasolina, tenía que pagarles. Y pues, dejé ese negocio. Los *paracos* hacían sesión en el pueblo, en un estadio de fútbol que había ahí. Nos hacían sentar a todos en los graderíos. Daban charlas y nos decían que ninguno de nosotros podía irse de ese pueblo y, pues, así nos tenían como escudo. De noche, venía la guerrilla y dejaba papeles debajo de la puerta en los que decían “Tienen que salir del pueblo”. Querían que salgamos para poder entrar y dar balazos a los *paracos*, y ellos querían que nos quedemos para su propia protección. Y, pues, todas las noches se oían balaceras y también a veces durante el día. Yo ya me aburrí, mis hijos eran pequeños, y pensé que debía cruzar la frontera, donde íbamos a estar mejor. No sabía, pero no quería quedarme.

Un día agarré a los niños y nos fuimos como de paseo. De día sí se permitía circular, al menos si uno no iba cargado con maletas y otras cosas. Parecía que nos íbamos de paseo, pues, río abajo. Llegamos a la frontera, cruzamos el río y nos subimos todos a una ranchera, de esas abiertas, que nos llevó a Lago Agrio. Ahí dejé a las criaturas con mi hermano, que se había vuelto a cambiar, y me regresé al apuro. Yo ya le había dicho a Orfelina:

—Nos vamos de noche en la canoa, con lo que podamos cargar. Mija, vamos a arriesgar la vida. Si me matan, es corriendo, yo no me muero por pendejo. Nos salvamos o morimos.

Ella estaba muy nerviosa porque los *paracos* no dejaban que nadie se mueva por el río en la noche, podía tratarse de gente que escapa y, pues, los disparos que más se escuchaban eran de las orillas del río. Salimos a las tres de la madrugada, por suerte la noche estaba nublada y con algo de garúa. Hicimos algunos viajes para recoger las cosas, las maleticas de los niños, los enseres y nos subimos callados a la embarcación. Yo le dije a Orfelina:

—Si escuchas disparos, te tiras al río; nos tiramos, y nadamos empujando la canoa hasta que pase la balacera.

Yo pensaba: es de morir no más, nos van a matar. Nos metimos adentro, agachados, y dejamos que la corriente nos lleve río abajo por un buen rato, hasta estar seguro de que habíamos dejado atrás esa penuria. Nadie nos vio, tal vez se durmieron. Nunca he sentido más alivio. Prendimos el motor y recogimos mis pasos hasta reunirnos con los niños. Atrás quedaron ocho hectáreas de café que había sembrado, todo quedó botado. Llegamos a La Pinta a las seis de la mañana y justo llegaba una chiva, uno de esos buses sin paredes a los lados, y arrancamos para Lago Agrio.

Cuando llegamos nos acogieron en un albergue donde había otras personas como nosotros. Nos acomodaron y nos explicaron que para poder salir legalmente del albergue debíamos conseguir trabajo. Ahí estuvimos seis meses.

Hicimos un grupo para hacer ambientadores (desinfectantes), así como Pinoklin. Un señor, Abraham Pérez, sabía cómo hacer. Se compra soda cáustica, aceites y se mezcla en un recipiente plástico, porque cualquier otro tipo se quema por debajo. También hacíamos cloro. En el grupo éramos dos con familia y tres socios. Luego de un tiempo, aceptaron nuestra petición de salir del albergue y vendíamos los productos en los pueblos, nos íbamos hasta Shushufindi, a Tena o a Coca a vender.

En Lago Agrio estuvimos un buen tiempo, ahí nació Neisi. Y con los compañeros seguimos trabajando, pero después se torcieron algunos y nos quedamos sin nada. Entonces un amigo me invitó al Tena a lavar oro con paila. A veces se encontraba y a veces no. Algunos grupos trabajaban con bomba para sacar la arena del río y después tamizar. Esto era río adentro, había que tener cuidado y siempre andar juntos, si te encontraban solo por ahí, podías perder la vida. Pero no había mucho trabajo, pues, y a veces fiábamos para vivir.

En eso supe de un ingeniero que buscaba trabajadores para construcción en un lugar remoto, Villano se llamaba. Debíamos viajar en avioneta para llegar y yo era la primera vez que me subía a uno de esos aparatos, me dio miedo. Llegábamos cerca de una comuna indígena, esto era para una compañía petrolera, Petroecuador creo, y teníamos que hacer un colegio y once baterías sanitarias. Estuve así seis meses, cada tres semanas nos dejaban salir a ver a la familia, ellos ya se habían ido para el Puyo, y luego tocaba regresar. En el campamento había que hacer de todo: lavar, cocinar y trabajar, claro. Ahí tuve que hacer de chef. Los nativos del lugar eran muy tranquilos y callados, no teníamos trato con ellos.

De regreso al Puyo empecé a trabajar en un hostel turístico, con un señor que vive en Ambato, Rafael Sancho, ahí hacía jardinería y mantenimiento. Para entonces ya habían nacido Paola (Angie) y German. También fue cuando nos separamos con Orfelina, era por 2005, con Jessica recién nacida. Yo me fui a un sitio en las afueras del Puyo, un poblado llamado Fátima, ahí me quedé como cuidador un tiempo.

—neisi—

Luisa Dajomes Palacios es la hermana mayor de Neisi. Como la hermana de más años conserva la mayor cantidad de recuerdos de la temprana vida de Neisi. Luisa es una mujer alta, joven, con sonrisa esquivada y mirada escéptica. Una vez que se interna en el pasado, su postura cambia, sus manos adoptan la actitud de directora de orquesta, y es así, porque en efecto dirige los movimientos de la memoria. Solo entonces emerge de una cierta rigidez y se convierte, como su padre, en artista de la palabra. Recuerda poco de los primeros años de Neisi, aunque se acuerda bien lo que su madre le había dicho al respecto:

—Todos nosotros nacimos en casas, con partera, solo German y Jessica nacieron en hospital, cuando vivíamos en el Puyo. Mi abuelita Rosa Cortés fue la partera, ella ayudaba a todas las parturientas. Mi mami ya no está aquí para decir, pero yo siempre le escuché que decía: Neisi nació bajando las gradas, yendo a ver un balde de agua al río. Mi papi se había ido ese día a cortar árboles con motosierra, se iba con mula, hacía tablas y regresaba por la noche. Él dice que cuando regresó oyó ya el llanto de la niña y le preguntó a mi mami: “¿Cómo estás?” Y ella le respondió: “Nació y por felicidad es niña”. Mi papá llegó como a las nueve de la noche —cuenta Luisa.

—Por esos tiempos nosotros teníamos muchas gallinas. Mi abuelita decía que, después de dar a luz, la mujer tiene que tomar caldo de gallina por cuarenta días. Mi mami debe haberse comido, así mismo, unas cuarenta gallinas. Recuerdo también que cuando nació Paola (Angie) el río había crecido, la casa estaba sobre palos, pero igual el agua llegó hasta la entrada. Tuvimos que poner todas las camas y colchones uno sobre otro, como sánduche, y nos llevaron en canoa.

La conversación termina, intento capturar qué es lo que en ella rima. Y encuentro un lugar entre varios: los padres de Teófilo minaron oro en el río Telembí, seguramente a principios del siglo pasado. El mismo Teófilo trabajó lavando oro en el río Napo. La asociación de la familia Dajomes Palacios tiene con el oro un antecedente lejano, y será Neisi quien continúe con la tradición familiar.